

LA FIESTA CON ACOMPAÑANTE

ESTUVE A PUNTO DE REGRESAR. De ir a buscarla. Cuando no apareció. Cuando no me devolvió la llamada. Cuando no respondió a mi mensaje de texto.

Pero allí estaban las bebidas, los coches que me cerraban el paso y la responsabilidad: se suponía que debía estar atenta. Tenía que ocuparme de que la noche transcurriera sin contratiempos.

De todos modos, si hubiera vuelto, ella se habría reído de mí. Habría puesto los ojos en blanco. Habría dicho: “Avery, ya tengo una madre”.

Son excusas. Lo sé.

Yo había sido la primera en llegar al Mirador.

Ese año la fiesta se hacía en una de las casas de alquiler en la zona del Mirador, una residencia con tres dormitorios, ubicada al final de un largo camino arbolado por el que apenas podían maniobrar dos coches al mismo tiempo. Los Loman la habían bautizado Blue Robin por sus paredes revestidas con tablas de madera azul pálido y porque el techo se asemejaba a la cúpula de un comedero de pájaros. Para mí ese nombre era apropiado porque la casa se revelaba como un destello de

color entre los árboles solo cuando uno se topaba con ella; era imposible verla antes.

Aunque la ubicación no era la mejor, ni tenía la mejor vista —demasiado lejos del mar para verlo, lo suficientemente cerca para oírlo— era la más apartada del hostel que se encontraba calle abajo, y el patio estaba rodeado de tupidos cipreses, por lo que confiaba en que nadie repararía en ella o se quejaría.

De cualquier modo, todas las casas de veraneo que arrendaban los Loman eran iguales por dentro. A veces me desorientaba al recorrerlas: un columpio en el porche en lugar de peldaños de piedra, el océano en lugar de las montañas. Tenían el mismo suelo de baldosas, el granito del mismo tono, el mismo estilo rústico de alto nivel. Y las paredes decoradas con escenas de Littleport: el faro, los blancos mástiles balanceándose en el muelle, las espumosas crestas de las olas chocando con los acantilados.

Una costa accidentada, así la llamaban, dedos de tierra que se elevaban desde el mar. El litoral rocoso que trataba de mantenerse firme ante el oleaje. Las islas que aparecían y se esfumaban a lo lejos, con la marea.

Lo entendía. Entendía la razón de hacer un largo viaje por carretera los fines de semana o de cambiar transitoriamente de residencia en la temporada veraniega. Comprendía cuál era la causa de que un lugar que parecía tan pequeño y modesto fuera tan exclusivo. Era un pueblo construido en medio de la naturaleza virgen, montañas a un lado, el mar al otro, al que solo se accedía gracias a una carretera de costa y a la paciencia. Existía por pura obstinación, resistiendo a la naturaleza por uno y otro lado.

Quienes habíamos crecido allí teníamos la sensación de haber sido forjados con ese mismo carácter.

En la encimera de granito de la cocina dejé las botellas con restos de licor que había traído de la casa principal, guardé los

objetos decorativos frágiles y encendí las luces de la piscina. Luego me serví una copa y me senté en el patio trasero para escuchar los sonidos del mar.

El frío viento otoñal atravesaba los árboles. Temblé y me ceñí la chaqueta.

Esa fiesta anual siempre peligraba por algún motivo, era la última batalla contra el cambio de estación. Oscuro e interminable, aquí el invierno cala los huesos. Llegaría tan pronto como los visitantes se hubieran ido.

Pero antes ocurriría esto.

Otra ola rompió a lo lejos. Cerré los ojos, conté los segundos. Esperé. Esa noche estábamos allí para despedir la temporada de verano, que el mar ya se había llevado sin nuestro permiso.

Luciana llegó cuando la fiesta alcanzaba su mejor momento. No la vi entrar; se quedó a solas en la cocina, insegura. Alta e inmóvil, se mantuvo lejos del centro de la acción, observando todo lo que sucedía. Era la primera vez que acudía a este tipo de fiesta. Muy diferente —yo lo sabía— de las reuniones a las que había asistido durante el verano. Su bienvenida al mundo de los veranos en Littleport, Maine.

Le di una palmada en el codo. Ella se sobresaltó, se giró hacia mí y suspiró. Parecía contenta de verme.

—Esto no es exactamente lo que esperaba.

Iba demasiado elegante para la ocasión. El cabello cuidadosamente rizado, los pantalones formales, los tacones altos. Parecía vestida para ir a un brunch.

Sonreí.

—¿Ha venido Sadie contigo? —le pregunté. Miré hacia el salón buscando su conocida melena castaño claro con raya al medio, las finas trenzas que salían de las sienes y se unían por detrás de la cabeza. Una niña de otra época. Me mantuve atenta, intentando detectar el sonido de su risa.

Luce negó con la cabeza, y las ondas de cabello oscuro se balancearon sobre sus hombros.

—No. Creo que todavía estaba haciendo las maletas. Me ha traído Parker. Ha dicho que deseaba dejar el coche en el hostel para que luego fuera más sencillo salir —explicó, apuntando con su mano hacia el hostel The Point, una remozada mansión victoriana situada en la cima del punto panorámico, con ocho dormitorios, múltiples torres y un balcón mirador. Desde allí era posible ver casi todo Littleport. En realidad, todo lo que era interesante de ver: desde el puerto hasta la franja de arena de Breaker Beach de la zona norte de la ciudad, donde vivían los Loman, con sus imponentes acantilados.

—No debería aparcar allí —dije, teléfono en mano. Tantas precauciones para que los propietarios del hostel no supieran nada de la fiesta serían inútiles si la gente empezaba a dejar sus coches en ese lugar.

Luce se encogió de hombros. Parker Loman hacía lo que le daba la gana, sin preocuparse por las consecuencias.

Me pegué el teléfono a un oído y cubrí el otro con la mano. La música apenas me dejaba escuchar:

“Hola, te has comunicado con Sadie Loman...”

Di por terminada la llamada, me guardé el teléfono en el bolsillo y le ofrecí a Luce una taza de plástico rojo.

—Toma —le dije.

Lo que en realidad quería decirle era: Por Dios, respira hondo y relájate. Pero con ello habría traspasado los límites habituales de mis conversaciones con Luciana Suárez. Ella sostuvo la taza, vacilante, mientras yo movía botellas medio vacías en busca del whisky que —lo sabía— era su preferido. Era lo único que verdaderamente me gustaba de ella.

Se lo serví. Ella frunció el ceño y dijo:

—Gracias.

—De nada.

Después de haber pasado juntas todo el verano, Luciana

aún no lograba establecer una opinión sobre mí, la mujer que vivía en la casa de invitados que formaba parte de la residencia de verano de su novio. Amiga o enemiga. Aliada o adversaria.

De pronto pareció tomar alguna decisión, porque se acercó un poco, como si se propusiera contarme un secreto.

—Aún no lo entiendo.

—Ya lo entenderás —respondí sonriente.

Luciana había cuestionado esa fiesta desde que Parker y Sadie le hablaron de ella, cuando le dijeron que no se marcharían con sus padres el fin de semana en que se celebraba el Día del Trabajo. Concluida la temporada de vacaciones, se quedarían una semana más para ir a la fiesta.

Una última noche para las personas que vivían allí desde el Día de los Caídos hasta el Día del Trabajo —es decir, las semanas que abarcaba la temporada veraniega y una más— descabando la vida de quienes habitaban en ese lugar todo el año.

A diferencia de las demás fiestas a las que había sido invitada por los Loman, aquí no había servicio de comida, camarera ni barman. Los reemplazaban una variedad de sobras que los invitados habían traído de los armarios de bebidas alcohólicas, los frigoríficos y las despensas de sus casas de alquiler. Todo era desorden y diversidad.

Era una noche de excesos, una larga despedida antes de nueve meses para olvidar y para esperar que otros también hubieran olvidado.

La Fiesta con Acompañante era exclusiva y a la vez no lo era. No tenía lista de invitados. Se aceptaba a cualquier persona que estuviera al tanto de su celebración. Para entonces, los adultos con responsabilidades ya habían reanudado su vida normal. Los niños debían regresar al colegio y sus padres se marchaban con ellos. Este era un festejo para mayores de dieciocho años; universitarios y jóvenes aún sin responsabilidades que les impidieran participar se daban cita allí hasta que ese tipo de cosas dejaban de resultar atractivas.

Esa noche las circunstancias nos igualaban. A primera vista no era posible distinguir quiénes eran los residentes y quiénes los visitantes. Simulábamos ser todos iguales.

Luce miró su refinado reloj de oro dos veces en dos minutos. En cada ocasión lo hizo girar alrededor de su muñeca.

—Por Dios, está tardando mucho.

Al fin, Parker llegó. Desde la puerta nos buscó tranquilamente con la mirada. Todas las cabezas se volvieron hacia él, como solía suceder cuando Parker Loman entraba en cualquier parte: era el efecto de su manera de andar, con una indiferencia que había perfeccionado para que los demás se mantuvieran alerta.

—El coche va a llamar la atención —le comenté cuando llegó hasta nosotras.

Parker se inclinó y rodeó a Luce con su brazo.

—Avery, te preocupas demasiado.

Así era. Aunque me preocupaba solo porque Parker nunca se paraba a pensar cómo lo veían, desde el otro lado, quienes vivían allí todo el año, los que necesitaban de personas como él y a la vez les resultaban antipáticas.

—¿Dónde está Sadie? —le pregunté en medio de la música.

—Creía que había salido de paseo contigo —respondió Parker. Se encogió de hombros y luego miró hacia la muchedumbre que se encontraba detrás de mí—. Me dijo que no la esperara temprano. Supongo que es su manera de decir: “No iré”.

Su respuesta me hizo menear la cabeza. Sadie no había faltado a ninguna de estas fiestas desde que empezamos a acudir juntas, el verano en que cumplimos los dieciocho.

Esta vez, abrió la puerta de la casa de invitados sin llamar y me llamó a voces desde el vestíbulo.

—Avery, ¿estás aquí? —dijo mientras entraba en mi habitación. Yo, todavía vestida con mi pijama de pantalón corto y camiseta térmica de manga larga, con el cabello recogido,

tenía mi ordenador portátil abierto encima del edredón blanco.

Ella ya se había arreglado para la ocasión. Yo, en cambio, estaba poniendo al día mi trabajo para la administradora de propiedades de la compañía Grant Loman, una de las sucursales de esa enorme empresa de bienes raíces. Sadie, con un vestido azul similar a un camisón y unas sandalias de tiras doradas, se inclinó hacia un lado para enseñar la curva de su cadera y preguntó:

—¿Qué te parece?

El vestido se adhería a cada una de sus curvas.

Con las rodillas flexionadas apoyé la espalda en las almohadas, pensando que se quedaría conmigo.

—Vas a congelarte. Lo sabes, ¿verdad? —dije. La temperatura había bajado drásticamente las noches anteriores. Un anticipo del abandono general, según decían los habitantes del lugar.

Una semana después, los restaurantes y las tiendas de Harbor Drive cambiarían sus horarios. Los jardineros se transformarían en personal de mantenimiento de las escuelas y en conductores de autobuses. Los chicos que trabajaban como camareros y marineros se marcharían a las pistas de esquí de New Hampshire, para trabajar como instructores.

El resto de nosotros estaba habituado a agotar el dinero ganado en el verano, una especie de reserva de agua acumulada antes de la sequía.

Sadie puso los ojos en blanco. “Ya tengo una madre”, dijo, pero hurgó en mi armario y se encogió de hombros ante un jersey color marrón que de todos modos era suyo. Su atuendo se convirtió en una perfecta combinación de elegancia e informalidad. Sin esfuerzo.

Se volvió hacia la puerta mientras sus dedos jugueteaban incansables con las puntas de su pelo. Derramaba energía.

¿Para qué se había arreglado, si no era para esta fiesta?

A través de las puertas abiertas del patio vi a Connor, sentado en el borde de la piscina, con los vaqueros arremangados y los pies desnudos en el agua. La luz que llegaba desde abajo los rodeaba de un resplandor azulado. Solo porque la bebida me había despertado una sensación de nostalgia estuve a punto de acercarme, de preguntarle si había visto a Sadie, pero aun así cambié de idea. Él me descubrió mientras lo observaba. Me alejé. No esperaba verlo allí, eso era todo.

Cogí mi teléfono y le envié un mensaje de texto: “¿Dónde estás?”.

Seguía mirando la pantalla cuando vi los puntos. Indicaban que ella estaba escribiendo una respuesta. Se detuvieron, pero no llegó ningún mensaje.

Yo envié uno más: “???”.

No hubo respuesta. Miré la pantalla durante otro minuto y luego guardé el teléfono. Supuse que estaba en camino, pese a lo que había dicho Parker.

Alguien bailaba en la cocina. Parker echó la cabeza hacia atrás y rió. Empezaba a obrarse la magia.

Una mano en mi espalda. Cerré los ojos, me apoyé en ella, me convertí en otra persona.

Así ocurren estas cosas.

A medianoche todo se había vuelto fragmentario y brumoso. A pesar de que las puertas traseras estaban abiertas, el calor y las risas creaban un ambiente agobiante en el salón. La mirada de Parker se cruzó con la mía a través de la multitud. Cerca de la salida del patio, inclinó levemente la cabeza en dirección a la puerta principal.

Para alertarme.

Seguí su mirada. Ante la puerta abierta había dos agentes de policía. La ráfaga de aire frío que pasó desde la entrada hacia las puertas traseras nos devolvió cierta sobriedad. Ninguno de los policías llevaba puesta su gorra. Al parecer, se

esforzaban por no desentonar. Supe que me correspondería a mí recibirlos.

Si bien la casa estaba a nombre de los Loman, yo figuraba como administradora de la propiedad. Más importante aún: se esperaba que yo navegara entre los dos mundos que coexistían en Littleport, como si perteneciera a ambos, cuando en realidad no era miembro de ninguno de ellos.

Reconocí a los dos hombres, aunque no lo suficientemente bien para decir sus nombres de memoria. Sin los visitantes del verano, la población de Littleport alcanzaba casi los tres mil habitantes. Y sin duda también ellos me reconocieron. Entre mis dieciocho y diecinueve yo había pasado el año metiéndome en problemas. Por su edad, los dos se acordarían de esa época.

No esperé a saber qué queja traían.

—Lo siento —dije, asegurándome de que mi voz sonara sólida y firme—. Me encargaré de que el nivel de ruido disminuya. —De inmediato hice un ademán a nadie en particular, para que bajara el volumen.

Pero los policías no agradecieron mi disculpa.

—Buscamos a Parker Loman —dijo el más bajo, observando a la muchedumbre.

Mi cabeza giró hacia Parker, que ya había comenzado a abrirse paso hacia nosotros.

—¿Parker Loman? —le preguntó el policía más alto cuando lo tuvo lo bastante cerca para oírlo. Por supuesto, sabía que era él.

Con la espalda erguida, Parker asintió.

—¿En qué puedo ayudarlos, caballeros? —dijo, transformándose en hombre de negocios, aun cuando le caía un mechón de cabello oscuro sobre los ojos y el sudor acentuaba el brillo de su rostro.

—Tenemos que hablar con usted aquí fuera —informó el hombre más alto.

Parker, siempre conciliador, supo que debía adoptar una actitud moderada.

—Por supuesto —le respondió, sin acercarse—. ¿Puede decirme antes acerca de qué?

También sabía cuándo hablar y cuándo exigir un abogado. Ya tenía el teléfono en la mano.

—De su hermana —dijo el agente. El hombre más bajo desvió la mirada—. Sadie —agregó.

Con un gesto indicó a Parker que se acercara y bajó la voz, de modo que no pude oír lo que decían, pero todo cambió. La postura de Parker, su expresión, la mano que sostenía el teléfono cayó a un lado de su cuerpo. Me acerqué. Algo se agitaba en mi pecho. Oí el final de la conversación.

—¿Qué ropa llevaba la última vez que la vio usted? —preguntó el agente de policía.

Parker entrecerró los ojos.

—No...

Miró hacia atrás, con la esperanza de que ella hubiera entrado el salón sin que nosotros lo advirtiéramos.

Yo no comprendía la pregunta, pero tenía la respuesta.

—Vestido azul. Jersey color café. Sandalias doradas.

Los hombres de uniforme intercambiaron una mirada rápida. Luego se hicieron a un lado para incluirme en el grupo.

—¿Alguna marca que la identifique?

—Esperen —dijo Parker con los ojos cerrados, como si pudiera cambiar el rumbo de la conversación, alterar el inevitable curso de los hechos que sobrevendrían.

—Sí, tiene una, ¿verdad? —dijo Luce.

Había olvidado que se encontraba allí, detrás de Parker. Llevaba el cabello recogido, su maquillaje había empezado a estropearse, mostraba profundas ojeras. Luce dio un paso adelante. Su mirada se posó en Parker y luego en mí. Asintió, más segura de sí misma.

—Un tatuaje. Aquí —afirmó, señalando en su propio cuerpo el lado izquierdo de la cadera. Su dedo dibujó un ocho en posición horizontal, el símbolo del infinito.

El policía tragó saliva, y fue entonces cuando todo se hundió de repente.

Nos encontramos momentáneamente a la deriva, barquitos en medio del océano, con ese mareo que nunca pude superar durante la navegación nocturna, a pesar de haber crecido tan cerca de la costa. Una oscuridad desconcertante sin marco de referencia.

El policía más alto agarró el brazo de Parker.

—Han encontrado a su hermana en Breaker Beach...

El salón vibró. Luce se llevó las manos a la boca. Para mí sus palabras aún resultaban increíbles. ¿Qué hacía Sadie en Breaker Beach? La imaginé bailando con los pies desnudos, nadando desnuda en el agua helada, desafiante. Con el rostro iluminado por el resplandor de una hoguera que habíamos encendido con maderos arrastrados por la marea.

Detrás de nosotros la fiesta continuaba a medias. El alboroto se iba apagando. La música se interrumpió.

—Llame a sus padres —pidió el agente—. Necesitamos que venga a la comisaría de policía.

—No, ella está... —dije— “haciendo la maleta, preparándose, en camino”.

El policía abrió más los ojos y miró mis manos. Las puntas de mis dedos, blancas como la leche, lo sujetaban por el borde de la manga.

Lo solté. Retrocedí un paso. Tropecé con otro cuerpo. Los puntos que vi en mi teléfono... Ella me había escrito. Tenía que ser un error. Saqué el teléfono para corroborarlo, pero los signos de interrogación enviados a Sadie seguían sin respuesta.

Parker se abrió paso entre los hombres, salió por la puerta principal, desapareció detrás de la casa y se dirigió por el

sendero hacia el hostal. En medio de la conmoción nadie podía contenernos. Luce y yo lo seguimos a la carrera entre los árboles. Por fin lo alcanzamos en la grava del aparcamiento, cuando entraba en su coche.

Mientras pasábamos por los oscuros escaparates que se alineaban en Harbor Drive, solo se oía la respiración entrecortada de Luce. Cuando llegamos a la curva que conducía a Breaker Beach, me incliné hacia la ventanilla. Más adelante las luces destellaban, los coches de la policía cerraban la entrada al aparcamiento. Pero un policía que montaba guardia detrás de las dunas nos indicó, agitando un bastón fosforescente, que siguiéramos nuestro camino.

Parker ni siquiera aminoró la velocidad. El coche subió la cuesta de Landing Lane hasta el final de la calle, donde la casa se alzaba oscura tras el acceso bordeado de piedra.

Parker entró directamente, para buscar a Sadie allí, también incrédulo, o bien para telefonar a sus padres en privado. Luce lo siguió lentamente. Subió los peldaños de la entrada. Pero antes miró hacia atrás, hacia mí.

Doblé la esquina de la casa trastabillando, apoyando la mano en el revestimiento para no caer. Dejé atrás la verja negra que rodeaba la piscina para dirigirme al sendero del acantilado, el que iba por el borde del precipicio y terminaba de manera abrupta en el extremo norte de Breaker Beach. Allí una serie de peldaños tallados en la roca bajaban hasta la arena.

Quería ver la playa por mí misma. Para creerlo. Ver qué hacía la policía allí abajo. Ver si Sadie estaba discutiendo con ellos, incluso en ese momento. Si habíamos entendido mal. Aunque para entonces ya lo sabía. Ese lugar me había arrebatado algunas personas. Y había crecido contentándome con olvidarlo.

Oí el estrépito de las olas que a mi izquierda chocaban con los acantilados. Imaginé cómo se veía la espuma a la luz del día. Pero todo estaba a oscuras, solo me guiaba el sonido. A

lo lejos, más allá de The Point, los regulares destellos del faro describían un círculo. Aturdida, fui hacia allí.

Había movimiento en la oscuridad, un trecho más adelante. La luz de una linterna me obligó a levantar un brazo para cubrirme los ojos. La sombra de un hombre con su ruidoso walkie-talkie se acercaba a mí.

—Señorita, no puede estar aquí —dijo.

La linterna regresó a su sitio original. Fue entonces cuando las vi, como un relámpago, iluminadas por el haz de luz. Sentí que la tierra se movía bajo mis pies.

Un par de sandalias doradas que me resultaban familiares. Abandonadas al borde de las rocas.